

CELEBRAR

Pere Tena
Una casa,
una mesa,
un solo corazón

Catequesis mistagógica de
la dedicación de una iglesia

CPL
editorial

EPÍLOGO

«Hoy ha sido la salvación de esta casa» (Lc 19,9)

La riqueza simbólica de la iglesia

A lo largo del *Ritual de la dedicación de iglesias*, tal como hemos constatado en esta explicación, se multiplican las referencias simbólicas, tanto del Antiguo Testamento como también del Nuevo. Las oraciones, las acciones rituales, los salmos, están impregnados de esta riqueza simbólica, que solo con el conocimiento de la Escritura puede ser captada y valorada. La clave interpretativa la encontramos sobre todo en las lecturas que el Leccionario de esta celebración propone como propias.

La imagen más frecuente es la del templo de Jerusalén, y de la misma ciudad de Jerusalén, como el lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Esta imagen, que tiene el punto de partida en el Antiguo Testamento, se encuentra completada con la visión apocalíptica de la «nueva Jerusalén», la ciudad que «desciende del cielo», y en su totalidad es «santuario» de la presencia de Dios. Es la morada donde Dios habita con los hombres, y Dios mismo es Dios-con-ellos.

Es fundamental el simbolismo cristológico: Cristo es el «santuario donde habita la plenitud de la divinidad», el templo verdadero y definitivo, en el cual y con el cual los adoradores adoran al Padre. En este sentido, es básico el simbolismo del altar. «¡El altar es Cristo!», decía una antigua catequesis de las ordenaciones. Ahora bien, por la incorporación de los fieles a Cristo, piedra viva y angular, estos forman un edificio, una casa espiritual, simbolizada en la propia construcción de la iglesia. ¡Son piedras vivas! Así la iglesia lleva en sí misma el simbolismo de la Iglesia total: la celestial –nueva Jerusalén– y la terrenal –edificación que se alza– sobre el fundamento de los apóstoles.

La casa de Zaqueo

Entre el cúmulo de todas estas imágenes bíblicas, la tradición romana ha mantenido como evangelio de la misa de la dedicación la narración de Lucas sobre la conversión de Zaqueo (véase Lucas 19,1-10). Hay otros evangelios propuestos igualmente, pero este es el más tradicional, y se podría decir que es el más «sacramental», en el sentido de ser el que anuncia de manera más sintética lo que es la dedicación de la iglesia.

Zaqueo tenía una casa, y su manera de vivir no era precisamente muy bien vista por el pueblo, probablemente con razón. Era rico y bajo de estatura, pero no puede negarse que también era ingenioso y ágil: podía subirse a un sicomoro. Y, sobre todo, quería ver a Jesús. Es él, Jesús, quien toma la iniciativa de ir a casa de Zaqueo, cuando levanta los ojos al llegar a aquel sitio. Pero no

todo está hecho. Zaqueo experimenta la fuerza salvadora de Jesús y manifiesta su propósito: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». La palabra de Jesús lo explica todo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa». La salvación es Él, Jesús (Dios que salva) y Zaqueo es el beneficiario explícito de la eficacia de su presencia.

Una iglesia es una casa hecha por hombres, pecadores como todos. Hay ejemplos clásicos de iglesias ilustres en las que el pecado de los hombres ha quedado inserto en el mismo proyecto: la vanidad, la forma de recoger el dinero para la edificación, etc. Como edificio son la casa de Zaqueo. Pero el Señor ha querido entrar en aquella casa, en aquella iglesia, y ha hecho de ella un lugar de encuentro con él. Con la salvación que nos viene de la palabra (recordemos la inauguración del ambón: «Resuene siempre en esta casa la palabra de Dios... y se realice vuestra salvación dentro de la Iglesia»); un lugar para celebrar los misterios, y para que el pueblo pueda alcanzar así la salvación eterna (véase Apéndice, Oración sobre las ofrendas, pág. 67). Un lugar, a partir del cual, como en el caso de Zaqueo, los fieles aprenden a vivir una vida nueva, a compartir los bienes con los hermanos, a respetarlos.

Una casa provisional

Las iglesias no son el último destino de la asamblea cristiana. Son los lugares donde esta asamblea se reúne en la tierra, mientras espera la gran reunión celestial, donde

los fieles tenemos nuestra verdadera ciudadanía (véase Filipenses 3,20-21). El Salvador que esperamos, y que transformará nuestro pobre cuerpo a imagen del suyo, resucitado y glorioso, es aquel que está también entre nosotros, activo en la obra de la salvación, cuando nos reunimos en su nombre.

Barcelona, 7 de octubre de 2010

Pere Tena

Obispo, auxiliar emérito de Barcelona